

**DEL ANTIGUO  
APOGEO A  
LA HUMILLACION  
DE NUESTRO  
TIEMPO**

**EDUARDO  
GALEANO**

Recientemente se produjo un acontecimiento insólito en América Latina. Las fuerzas armadas de Argentina y Brasil, rivales tradicionales en la disputa por la hegemonía geopolítica en América del Sur, realizaron maniobras conjuntas. Las operaciones militares se hicieron bajo la bandera de la defensa de la democracia y la lucha contra la subversión y los malos ejemplos, con los ojos puestos, sin dudas, en la experiencia contagiosa que están viviendo Chile, Perú y Bolivia. Las maniobras sucedieron a una conferencia de estados mayores de ambos ejércitos, y del ejército paraguayo, que tuvo lugar en Asunción. Todo esto ocurre cuando se cumple precisamente un siglo de la aniquilación de Paraguay por los ejércitos de la Triple Alianza. La coincidencia resulta trágica y elocuente, como se desprende de la lectura de este artículo.

El hombre viajaba a mi lado, silencioso. Su perfil, nariz afilada, altos pómulos, se recortaba contra la fuerte luz del mediodía.

Ibamos rumbo a Asunción, desde la frontera del sur, en un ómnibus para veinte personas que contenía, no sé cómo, cincuenta. Al cabo de unas horas, hicimos un alto. Nos sentamos en un patio abierto, a la sombra de un árbol de hojas carnosas. A nuestros ojos, se abría el brillo enneguecedor de la vasta, despoblada, intacta tierra roja: de horizonte a horizonte, nada perturbaba la transparencia del aire en Paraguay. Fumamos. Mi com-

pañero, campesino de habla guaraní, enhebró algunas palabras tristes en castellano. «Los paraguayos somos pobres y pocos», me dijo. Me explicó que había bajado a Encarnación a buscar trabajo, pero no había encontrado. Apenas si había podido reunir unos pesos para el pasaje de vuelta. Años atrás, de muchacho, había tentado fortuna en Buenos Ajres y en el sur de Brasil. Ahora venía la cosecha del algodón y muchos braceros paraguayos marchaban, como todos los años, rumbo a Argentina. «Pero yo ya tengo sesenta y tres años. Mi corazón ya no soporta las demasiadas gentes.»

Suman medio millón los paraguayos que han abandonado la patria, definitivamente, en los últimos veinte años. **La miseria empuja al éxodo a los habitantes del país que era, hasta hace un siglo, el más avanzado de América del Sur.** Paraguay tiene ahora una población apenas mayor que la que por entonces tenía y es, con Bolivia, uno de los dos países más pobres y atrasados del continente. Los paraguayos sufren la herencia de una guerra de exterminio que se incorporó a la historia de América Latina como su capítulo más infame. Se llamó la guerra de la Triple Alianza. Brasil, Argen-

NOTAS • NOTAS • NOTAS • NO

tina y Uruguay tuvieron a su cargo el genocidio. No dejaron piedra sobre piedra ni habitantes varones entre los escombros. Aunque Inglaterra no participó directamente de la horrorosa hazaña, fueron sus mercaderes, sus banqueros y sus industriales quienes resultaron beneficiados con el crimen de Paraguay. La invasión fue financiada, del principio al fin, por el banco de Londres, la casa «Baring Brothers» y la banca Rothschild, en empréstitos con intereses leonino que hipotecaron la suerte de los países vencedores.<sup>1</sup>

Hasta su destrucción, Paraguay se erguía como una excepción en América Latina: la única nación que el capital extranjero no había deformado. El largo gobierno de mano de hierro del dictador Gaspar Rodríguez de Francia (1814-1840) había incubado, en la matriz del aislamiento, un desarrollo económico y sostenido. El estado, omnipotente, paternalista, ocupaba el lugar de una burguesía nacional que no existía, en la tarea de organizar la nación y orientar sus recursos y su destino. Francia se había apoyado en las masas campesinas para aplastar a la oligarquía paraguaya y había conquistado la paz interior tendiendo un estricto cordón sanitario frente a los restantes países del antiguo

virreinato del Río de la Plata. Las expropiaciones, los destierros, las prisiones, las persecuciones y las multas no habían servido de instrumentos para la consolidación del dominio interno de los terratenientes y los comerciantes sino que, por el contrario, habían sido utilizados para su destrucción. No existían, ni nacerían más tarde, las libertades políticas y el derecho de oposición, pero en aquella etapa histórica sólo los nostálgicos de los privilegios perdidos sufrían la falta de democracia.

No había grandes fortunas privadas cuando Francia murió, y Paraguay era el único país de América Latina que no tenía mendigos, hambrientos ni ladro-

<sup>1</sup> Para escribir este artículo, el autor consultó las siguientes obras: Juan Bautista Alberti, *Historia de la guerra de Paraguay*, Buenos Aires, 1962; Pelham Horton Box, *Los orígenes de la guerra de la Triple Alianza*, Buenos Aires Asunción, 1958; Efraím Cardozo, *El imperio de Brasil y el Río de la Plata*, Buenos Aires, 1961; Julio César Chaves, *El presidente López y la guerra de Paraguay*, Buenos Aires, 1945; Juan F. Pérez Acosta, *Carlos Antonio López, obrero máximo. Labor administrativa y constructiva*, Asunción, 1948; José María Rosa, *La guerra de Paraguay y las montoneras argentinas*, Buenos Aires, 1965; Bartolomé Mitre y Juan Carlos Gómez, *Cartas polémicas sobre la guerra de Paraguay*, con prólogo de J. Natalicio González, Buenos Aires, 1940. También un trabajo inédito de Vivian Trías sobre el tema.

NOTAS • NOTAS • NOTAS • NO

nes;<sup>2</sup> los viajeros de la época encontraban allí un oasis de tranquilidad en medio de las demás comarcas convulsionadas por las guerras continuas. El agente norteamericano Hopkins informaba en 1845 a su gobierno, que en Paraguay «no hay niño que no sepa leer y escribir...» Era también el único país que no vivía con la mirada clavada al otro lado del mar. El comercio exterior se constituía el eje de la vida nacional; la doctrina liberal expresión ideológica de la articulación mundial de los mercados, carecía de respuestas para los desafíos que Paraguay, obligado a crecer hacia adentro por su aislamiento mediterráneo, se estaba planteando desde principios de siglo. El exterminio de la oligarquía hizo posible la concentración de los resortes económicos fundamentales en manos del estado, para llevar adelante esta política autárquica de desarrollo dentro de fronteras.

Los posteriores gobiernos de Carlos Antonio López y su hijo Francisco Solano, continuaron y vitalizaron la tarea. La economía estaba en pleno crecimiento. Cuando los invasores aparecieron en el horizonte, en 1865, Paraguay contaba con una línea de telégrafos y un ferrocarril y una buena cantidad de fábricas tejidos, lienzos, ponchos, papel y tinta, loza y pólvora. Docientos técnicos extranjeros, muy

bien pagados por el estado, prestaban su colaboración decisiva. Desde 1850, la fundición de Ibycui fabricaba cañones, morteros y balas de todos los calibres; en el arsenal de Asunción se producían cañones de bronce, obuses y balas. La siderurgia nacional, como todas las demás actividades económicas esenciales, estaba en manos del estado. El país contaba con una flota mercante nacional, y habían sido construidos en el astillero de Asunción varios de los buques que ostentaban el pabellón paraguayo a lo largo del Paraná o a través del Atlántico y el Mediterráneo.

<sup>2</sup> Francia integra, como uno de los ejemplares más horribles, el bestiario de la historia oficial. Las deformaciones óptimas impuestas por el liberalismo no son un privilegio de las clases dominantes en América Latina; muchos intelectuales de izquierda, que suelen asomarse con lentes ajenos a la historia de nuestros países, también comparten ciertos mitos de la derecha, sus canonizaciones y sus excomuniones. *El Canto General* de Pablo Neruda (Buenos Aires, 1955), espléndido homenaje poético a los pueblos latinoamericanos, exhibe claramente esta desubicación. Neruda ignora a Artigas y a Carlos Antonio y Francisco Solano López; en cambio, se identifica con Sarmiento. A Francia lo califica de «rey leproso, rodeado por la extensión de los yerbales», que «cerró el Paraguay como un nido/ de su majestad» y «amarró/ tortura y barro a las fronteras». Con Rosas no es más amable: clama contra los «puñales, carcajadas de mazorca/ sobre el martirio» de una «Argentina robada a culatazos/ en el vapor del alba, castigada/ hasta sangrar y enloquecer, vacía/ cabalgada por agrios capataces!».

NOTAS • NOTAS • NOTAS • NO

El estado virtualmente monopolizaba el comercio exterior: la yerba mate y el tabaco abastecían el consumo del sur del continente; las maderas, valiosas, se exportaban a Europa. La balanza comercial arrojaba un gran superávit. Paraguay tenía una moneda fuerte y estable, y disponía de suficiente riqueza como para realizar enormes inversiones públicas sin recurrir al capital extranjero. El país no debía un centavo al exterior, pese a lo cual estaba en condiciones de mantener el mejor ejército de Sudamérica, contratar técnicos ingleses que se ponían al servicio del país en lugar de poner al país a su servicio, y enviar unos cuantos jóvenes universitarios paraguayos a perfeccionar sus estudios en Europa. El excedente económico generado por la producción agrícola no se derrochaba en el lujo estéril de una oligarquía inexistente, ni iba a parar a los bolsillos de los intermediarios, ni a las masas brujas de los prestamistas, ni al rubro ganancias que el imperio británico nutría con los servicios de fletes y seguros. La esponja imperialista no absorbía la riqueza que el país producía.

El 98% del territorio paraguayo era de propiedad pública el estado cedía a los campesinos la expropiación de las parcelas a cambio de la obligación de po-

blarlas y cultivarlas en forma permanente y sin el derecho de venderlas. Había, además sesenta y cuatro **estancias de la patria**, haciendas que el estado administraba directamente. Las obras de riego, represas y canales, y los nuevos puentes y caminos contribuían en grado importante a la elevación de la productividad agrícola. Se rescató la tradición indígena de las dos cosechas anuales, que había sido abandonada por los conquistadores. El aliento vivo de las tradiciones jesuitas facilitaba, sin duda, todo este proceso creador.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Los fanáticos monjes de la compañía de Jesús, «guardia negra del Papa», habían asumido la defensa del orden medieval ante las nuevas fuerzas que irrumpían en el escenario histórico europeo. Pero en la América hispánica las misiones de los jesuitas se desarrollaron bajo un signo progresista. Venían para purificar, mediante el ejemplo de la abnegación y el ascetismo, a una iglesia católica entregada al ocio y al goce desenfrenado de los bienes que la conquista había puesto a disposición del clero. Fueron las misiones de Paraguay las que alcanzaron el mayor nivel; en poco más de un siglo y medio (1603/1768) definieron la capacidad y los fines de sus creadores.

Los jesuitas atrajeron, mediante el lenguaje de la música, a los indios guaraníes que habían buscado amparo en la selva o que en ella habían permanecido sin incorporarse al proceso civilizatorio de los encomenderos y los terratenientes. Ciento cincuenta mil indios guaraníes pudieron, así, reencontrarse con su organización comunitaria primitiva y resucitar sus propias técnicas en los oficios y las artes. En las misiones no existía el latifundio; la tierra se cultivaba en parte para la

NOTAS ● NOTAS ● NOTAS ● NO

El estado practicaba un celoso proteccionismo, muy reforzado en 1864, sobre la industria nacional y el mercado interno; los ríos interiores no estaban abiertos a las naves británicas que bombardeaban con manufacturas de Manchester y de Liverpool a todo el resto de América Latina. El comercio inglés no disimulaba su inquietud, no sólo porque resultaba invulnerable aquel último foco de resistencia nacional en el corazón del continente, sino también y sobretodo, por la fuerza de ejemplo que la experiencia paraguaya irradiaba peligrosamente hacia los vecinos. El país más progresista de América Latina construía su futuro sin inversiones extranjeras, sin em-

---

satisfacción de las necesidades individuales y en parte para desarrollar obras de interés general y adquirir los instrumentos de trabajo necesarios, que eran de propiedad colectiva. La vida de los indios estaba sabiamente organizada; en los talleres y en las escuelas se hacían músicos y artesanos, agricultores, tejedores, actores, pintores, constructores. No se conocía el dinero; estaba prohibida la entrada a los comerciantes, que debían negociar desde hoteles instalados a cierta distancia.

La corona sucumbió finalmente a las presiones de los encomenderos criollos, y los jesuitas fueron expulsados de América. Los terratenientes y los esclavistas se lanzaron a la caza de los indios. Los cadáveres colgaban de los árboles en las misiones; pueblos enteros fueron vendidos en los mercados de esclavos de Brasil. Muchos indios volvieron a encontrar refugio en la selva. Las bibliotecas de los jesuitas fueron a parar a los hornos, como combustible, o se utilizaron para hacer cartuchos de pólvora.

préstitos de la banca inglesa y sin las bendiciones del comercio libre.

Pero a medida que Paraguay iba avanzando en este proceso, se hacía más aguda su necesidad de romper la reclusión. El desarrollo industrial requería contactos más intensos y directos con el mercado internacional y las fuentes de la técnica avanzada.

Paraguay estaba objetivamente bloqueado entre Argentina y Brasil, y ambos países podían negar el oxígeno a sus pulmones cerrándole, como lo hicieron Rivadavia y Rosas, las bocas de los ríos, o fijando impuestos arbitrarios al tránsito de sus mercancías. Para sus vecinos, por otra parte, era una imprescindible condición, a los fines de la consolidación del estado oligárquico, terminar con el escándalo de aquel país odioso que se bastaba a sí mismo y no quería arrodillarse ante los mercaderes británicos.

El ministro inglés en Buenos Aires, Edward Thornton, tuvo participación considerable en los preparativos de la guerra. En vísperas del estallido, tomaba parte, como asesor del gobierno, en las reuniones del gabinete argentino, sentándose al lado del presidente Bartolomé Mitre. Ante su

NOTAS ● NOTAS ● NOTAS ● NO

atenta mirada, se urdió la trama de provocaciones y de engaños que culminó con el acuerdo argentino-brasileño y selló la suerte de Paraguay. Venancio Flores invadió Uruguay, en ancas de la intervención de los dos grandes vecinos, y estableció en Montevideo, después de la masacre de Paysandré, su gobierno adicto a Río de Janeiro y Buenos Aires. La Triple Alianza estaba en funcionamiento. El presidente paraguayo Solano López había amenazado con la guerra si asaltaban Uruguay: sabía que así se estaba cerrando la tenaza de hierro en torno a la garganta de su país acorralado por la geografía y los enemigos. El historiador liberal Efraín Cardozo no tiene inconveniente en sostener, sin embargo, que López se plantó frente a Brasil simplemente porque estaba ofendido: el emperador le había negado la mano de una de sus hijas. El conflicto estaba planteado. Pero obra de Mercurio, no de Cupido.

La prensa de Buenos Aires llamaba «Atila de América» al presidente paraguayo López: «Hay que matarlo como a un reptil», clamaban los editoriales.

En setiembre de 1864, Thornton envió a Londres un extenso informe confidencial, fechado en Asunción. Describía a Paraguay como Dante al infierno, pero poniendo el acento donde corres-

pondría: «Los derechos de importación sobre casi todos los artículos son del 20 ó 25% **ad valorem**; pero como este valor se calcula sobre el precio corriente de los artículos, el derecho que se paga alcanza frecuentemente del 40 al 45% del precio de factura. Los derechos de exportación del 10 al 20 % sobre el valor...»

En abril de 1865, el **Standard**, diario inglés de Buenos Aires, celebraba ya la declaración de guerra de Argentina contra Paraguay, cuyo presidente «ha infringido todos los usos de las naciones civilizadas», y anunciaba que la espada del presidente argentino Mitre «llevará en su victoriosa carrera, además del peso de glorias pasadas, el impulso irresistible de la opinión pública en una causa justa».

El tratado con Brasil y Uruguay se firmó el 1 de mayo de 1865; sus términos draconianos fueron dados a publicidad un año más tarde, en el diario británico **The Times**, que lo obtuvo de los banqueros acreedores de Argentina y Brasil. Los futuros vendedores se repartían anticipadamente, en el tratado, los despojos del vencido.

Argentina se aseguraba todo el territorio de Misiones y el inmen-

NOTAS ● NOTAS ● NOTAS ● NO

so Chaco; Brasil devoraba una extensión inmensa hacia el oeste de sus fronteras. A Uruguay, gobernado por un títere de ambas potencias, no le tocaba nada.

Mitre anunció que tomaría Asunción en tres meses. Pero la guerra duró cinco años. Fue una carnicería, ejecutada todo a lo largo de los fortines que defendían, tramo a tramo, el río Paraguay. El «oprobioso tirano» Francisco Solano López encarnó heroicamente la voluntad nacional de sobrevivir; el pueblo paraguayo, que no sufría la guerra hacía medio siglo, se inmoló a su lado. Hombres, mujeres, niños y viejos: todos se batieron como leones. Los prisioneros heridos se arrancaban las vendas para que no los obligaran a pelear contra sus hermanos.

En 1870, López, a la cabeza de un ejército de espectros, ancianos y niños que se ponían barbas postizas para impresionar desde lejos, se internó en la selva. Las tropas invasoras asaltaron los escombros de Asunción con el cuchillo entre los dientes. Cuando finalmente el presidente paraguayo fue asesinado a bala y a lanza en la espesura de Cerro Corá, alcanzó a decir: «¡Muerdo con mi patria!», y era verdad. Paraguay moría con él. Antes, López había hecho fusilar a su hermano y a un obispo, que con él marchaban en aquella caravana de la muerte.

Los invasores venían para redimir al pueblo paraguayo: lo exterminaron. Paraguay tenía, al comienzo de la guerra, poco menos población que Argentina. Sólo doscientos cincuenta mil paraguayos, menos de la sexta parte, sobrevivían en 1870. Era el triunfo de la civilización. Los vencedores, arruinados por el altísimo costo del crimen, quedaban en manos de los banqueros ingleses que habían financiado la aventura. El imperio esclavista de Pedro II, cuyas tropas se nutrían de esclavos y de presos, ganó, no obstante, territorios, más de sesenta mil kilómetros cuadrados, y también mano de obra, porque los prisioneros paraguayos marcharon a trabajar en los cafetales paulistas con la mano de hierro de la esclavitud. La Argentina del presidente Mitre, que había aplastado a sangre y fuego a sus propios caudillos federales, se quedó con noventa y cuatro mil kilómetros cuadrados de tierra paraguaya y otros frutos del botín, según el propio Mitre había anunciado cuando escribió: «Los prisioneros y demás artículos de guerra, nos los dividiremos en la forma convenida.» Uruguay, donde ya los herederos de Artigas habían sido muertos o derrotados y la oligarquía mandaba, participó de la guerra como socio menor y sin recompensas.

NOTAS ● NOTAS ● NOTAS ● NO



Algunos de los soldados uruguayos enviados a la campaña de Paraguay, habían subido a los buques con las manos atadas. Los tres países sufrieron una bancarrota financiera que agudizó su dependencia frente a Inglaterra. La matanza de Paraguay los marcó en la frente para siempre.<sup>4</sup>

Brasil había cumplido con la función que el imperio británico le había adjudicado desde los tiempos en que los ingleses trasladaron el trono portugués a Río de Janeiro. A principios del siglo XIX, habían sido claras las instrucciones de Canning al embajador, Lord Strangford: «Hacer de Brasil un emporio para las manufacturas británicas destinadas al consumo de toda América del Sur.»

Poco antes de lanzarse a la guerra, el presidente de Argentina había inaugurado una nueva línea de ferrocarriles británicos en su país, y había pronunciado un inflamado discurso: «¿Cuál es la fuerza que impulsa este progreso? Señores: ¡es el capital inglés!»

Del Paraguay derrotado, no sólo desapareció la población: también las tarifas aduaneras, los hornos de fundición, los ríos clausurados al libre comercio, la independencia económica y vastas zonas de su territorio. Los vencedores implantaron, dentro de

las fronteras reducidas por el despojo, el libre cambio y el latifundio. Todo fue saqueado y todo fue vendido: las tierras y los bosques, las minas, los yerbales, los edificios de las escuelas. Sucesivos gobiernos títeres serían instalados, en Asunción, por las fuerzas extranjeras de ocupación.

No bien terminó la guerra, sobre las ruinas todavía humeantes de Paraguay cayó el primer empréstito extranjero de su historia. Era británico, por supuesto. Su valor nominal alcanzaba el millón de libras esterlinas, pero a Paraguay llegó bastante menos de la mitad; en los años siguientes, los pases mágicos de las refinaciones elevaron la deuda a más de tres millones. La guerra del opio había terminado en 1842, cuando se firmó en Nanking el tratado de libre comercio que aseguró a los comercian-

<sup>4</sup> Solano Pérez orde todavía en la memoria. Cuando el Museo Histórico Nacional de Río de Janeiro anunció, en setiembre de 1969, que inauguraría una vitrina dedicada al presidente paraguayo, los militares reaccionaron furiosamente. El general Mourao Filho, que había desencadenado el golpe de estado de 1964, declaró a la prensa: «Un viento de locura barre al país (...) Solano López es una figura que debe ser borrada para siempre de nuestra historia como paradigma del dictador uniformado sudamericano. Fue un sanguinario que destruyó a Paraguay, llevándolo a una guerra imposible.»

NOTAS ● NOTAS ● NOTAS ● NO

tes británicos el derecho de introducir libremente la droga en el territorio chino. También la libertad de comercio fue garantizada por Paraguay después de la derrota. Se abandonaron los cultivos de algodón y Manchester arruinó la producción textil; la industria nacional no resucitó nunca.

El Partido Colorado, que hoy gobierna a Paraguay, especula alegremente con la memoria de los héroes, pero ostenta al pie de su acta de fundación la firma de veintidós traidores al mariscal Solano López, «legionarios» al servicio de las tropas brasileñas de ocupación. El dictador Alfredo Stroessner, que ha convertido a Paraguay en un gran campo de concentración desde hace quince años, hizo su especialización militar en Brasil y los generales brasileños lo devolvieron a su país con altas calificaciones y encendidos elogios: «Es digno de gran futuro...» Durante su reinado, Stroessner desplazó a los intereses angloargentinos dominantes en Paraguay durante las últimas décadas, en beneficio de Brasil y sus dueños norteamericanos. Desde 1870, Brasil y Argentina, que **liberaron** a Paraguay para comérselo a dos bocas, se alternan en el usufructo de los despojos del país derrotado, pero sufren, a su vez, el imperialismo de la gran potencia

de turno. Paraguay padece, al mismo tiempo, el imperialismo y el subimperialismo.

Antes, el imperio británico constituía el eslabón mayor de la cadena de las dependencias sucesivas. Actualmente, Estados Unidos, que no ignora la importancia geopolítica de este país enclavado en el centro de América del Sur, mantiene en suelo paraguayo asesores innumerables que adiestran y orientan a las fuerzas armadas, cocinan los planes económicos, reestructuran la universidad a su antojo, inventan un nuevo esquema político **democrático** para el país y retribuyen con préstamos onerosos los buenos servicios del régimen.<sup>5</sup> Pero Paraguay es también colonia de colonias. Utilizando la reforma agraria como pretexto, el gobierno de Stroessner derogó, haciéndose el distraído, la disposición legal que prohibía la venta a extranjeros de tierras en zonas de frontera seca, y hoy hasta los territorios fiscales han caído en manos de los latifundistas brasi-

<sup>5</sup> Poco antes de las elecciones de principios de 1968, el general Stroessner visitó Estados Unidos. «Cuando me entrevisté con el presidente Johnson» —declaró a France Presse— «le manifesté que ya hace doce años que desempeño funciones de primer magistrado por mandato de las urnas. Johnson me contestó que eso, constituía una razón más para continuar ejerciéndola el período venidero.»

leños del café. La onda invasora atraviesa el río Paraná con la complicidad del presidente, asociado a los terratenientes que hablan portugués.

Llegué a la movediza frontera del nordeste de Paraguay con billetes que tenían estampado el rostro del vencido mariscal Solano López, pero allí encontré que sólo tienen valor los que lucen la efigie del victorioso emperador Pedro II. El resultado de la guerra de la Triple Alianza cobra, trascurrido un siglo, ardiente actualidad. Los guardas brasileños exigen pasaporte a los ciudadanos paraguayos para circular por su propio país; son brasileñas las banderas y las iglesias. La piratería de tierra abarca también los saltos del Guayrá, la mayor fuente potencial de energía en toda América Latina.

El subimperialismo, o imperialismo de segundo grado, se expresa de mil maneras. Cuando el presidente Johnson decidió sumergir en sangre a los dominicanos, en 1965, Stroessner envió soldados paraguayos a Santo Domingo, para que colaboraron en la faena. El batallón se llamó, broma siniestra, «Mariscal Solano López». Los paraguayos actuaron a las órdenes de un general brasileño, porque fue Brasil quien recibió los honores de la traición: el general Panasco Alvim encabezó

las tropas latinoamericanas cómplices en la matanza.

De la misma manera, podrían citarse otros ejemplos. Paraguay otorgó a Brasil una concesión petrolera en su territorio, pero el negocio de la distribución de combustibles y la petroquímica están, en Brasil, en manos norteamericanas. La Misión Cultural Brasileña es dueña de la Facultad de Filosofía y Pedagogía de la universidad paraguaya, pero los norteamericanos manejan ahora a las universidades de Brasil. El estado mayor del ejército paraguayo no sólo recibe la asesoría de los técnicos del Pentágono, sino también de los generales brasileños quienes, a su vez, responden al Pentágono como el eco a la voz. Por la vía abierta del contrabando, los productos industriales de Brasil invaden el mercado paraguayo, pero las fábricas que los producen en Sao Paulo son, desde las avalancha desnacionalizadora de estos últimos años, propiedad de las corporaciones de Estados Unidos.

Stroessner se considera heredero de los López. El Paraguay de hace un siglo, ¿puede ser impunemente cotejado con el Paraguay de ahora, emporio del contrabando en la cuenca del Plata y reino de la corrupción institucionalizada? En un acto político

NOTAS ● NOTAS ● NOTAS ● NO

donde se reivindicaba a la vez, entre vítores y aplausos, a uno y otro Paraguay, un muchachito vendía, bandeja al pecho, cigarrillos de contrabando; la fervorosa concurrencia pitaba nerviosamente «Kent», «Marlboro», «Camel» y «Benson & Hedges». En Asunción, la escasa clase media bebe whisky «Ballantine's» en vez de tomar caña paraguaya. Uno descubre los últimos modelos de los más lujosos automóviles fabricados en Estados Unidos o Europa y traídos al país de contrabando o previo pago de menguados impuestos, al mismo tiempo que se ven, por las calles, carros tirados por bueyes que acarrean lentamente los frutos al mercado: la tierra se trabaja con arados de madera y los taxímetros son «Impalas 70».

Stroessner dice que el contrabando es «el precio de la paz»: los generales se llenan los bolsillos y no conspiran. La industria, por supuesto, agoniza antes de crecer. El estado ni siquiera cumple con el decreto que manda preferir los productos de las fábricas nacionales en las adquisiciones públicas. Los únicos triunfos que el gobierno exhibe, orgulloso, en materia de fábricas, son las plantas de «Coca Cola», «Crush» y «Pepsi Cola», instaladas desde fines de 1966 como contribución norteamericana

al progreso del pueblo paraguayo.

El estado manifiesta que sólo intervendrá directamente en la creación de empresas «cuando el sector privado no demuestre interés»<sup>6</sup> y el banco central comunica al Fondo Monetario Internacional que «ha decidido implantar un régimen de mercado libre de cambios y abolir las restricciones al comercio y a las transacciones en divisas»; un folleto editado por el Ministerio de Industria y Comercio advierte a los inversores, que el país otorga «concesiones especiales para el capital extranjero». Se exige a las empresas extranjeras del pago de impuestos y de derechos aduaneros, «para crear un clima propicio para las inversiones». Un año después de instalarse en Asunción, el «National City Bank» de New York recupera íntegramente el capital invertido. La banca extranjera, dueña del ahorro interno, proporciona a Paraguay créditos externos que acentúan su deformación económica e hipotecan aún más su soberanía.

En el campo, el uno y medio por ciento de los propietarios dispone

<sup>6</sup> Presidencia de la Nación, Secretaría Técnica de Planificación, «Plan nacional de desarrollo económico y social». Asunción, 1966.

NOTAS • NOTAS • NOTAS • NO

del noventa por ciento de las tierras explotadas, y se cultiva menos del dos por ciento de la superficie total del país. El plan oficial de colonización en el triángulo de Caaguazú ofrece a los campesinos hambrientos más tumbas que prosperidades.<sup>7</sup> La patria niega a sus hijos el derecho al trabajo y al pan de cada día: los paraguayos emigran en masa.

La Triple Alianza sigue siendo todo un éxito.

<sup>7</sup> Muchos de los campesinos han optado finalmente por volverse a la región minifundista del centro del país o han ido camino del nuevo éxodo hacia Brasil, donde sus brazos baratos se ofrecen a los yerbales de Curitiba y Matto Grosso o a las plantaciones cafetaleras de Paraná. Es desesperada la situación de los pioneros que se encuentran de cara a la selva, sin la menor orientación técnica y sin ninguna asistencia crediticia, con tierras concedidas por el gobierno, a las que tendrán que arrancar frutos suficientes para alimentarse y poder pagarles porque si el campesino no paga el precio estipulado no recibe el título de propiedad.

NOTAS ● NOTAS ● NOTAS ● NO